

## Capítulo 8

### *La casa del acantilado*

– Les ofrezco lo poco que tengo. Por favor, pasen, mi hogar es suyo.

La puerta de madera era recia y vetusta. Rufo, el hombre del báculo, la abrió y se hizo a un lado, extendiendo el brazo que tenía libre en dirección al interior de la vivienda. Resultaba extraño verle realizar el gesto de bienvenida mientras su mirada ciega se perdía en el aire. Sonia no estaba muy segura de entrar, pero la lluvia se enfurecía, así que miró a su padre con cierta premura en los ojos.

– Entra, Sonia, no te preocupes. Dentro estaremos bien.

Penetraron a la vez, ella caminando despacio y él justo detrás, apoyando las manos en los hombros de su hija. En el extremo opuesto a la entrada danzaba un fuego pequeño que calentaba la habitación sin sofocarla. Padre e hija cruzaron la estancia y se quedaron junto al hogar de la chimenea. Rufo entró detrás de ellos y aseguró la puerta con un pasador, también de madera compacta y pesada. Daniel y Sonia se pusieron en cuclillas junto al fuego, extendieron los brazos y abrieron las palmas de las manos. Enseguida comenzaron a sentirse mejor.

El anciano dejó el cayado apoyado contra la pared, a la derecha del tirador, y encaró la dirección donde ellos

se encontraban. Volvió a hablar de forma pausada.

– Si bien no puedo ofrecerles una estancia más cómoda, espero que el menos la modestia de mi vivienda sea suficiente para brindarles calor y seguridad.

Daniel observó al hombre, inmóvil e inexpresivo, hablándoles desde el otro extremo de la habitación. Eran tan sólo las dos de la tarde, pero el cielo había oscurecido tanto que la noche parecía ya próxima. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra del interior pudo comprobar que no había vivienda más allá de la estancia donde se encontraban. El anciano parecía haber aprovechado una oquedad natural en la roca para cerrarla con muros de piedra. Además de la puerta había otra pequeña abertura para un ventanuco, por el que apenas entraba luz. El suelo estaba tapizado con alfombras y esterillas, de forma que no había un solo resquicio que permitiera ver el suelo natural.

Sonia también escudriñaba cada rincón de la casa, pero sobre todo estaba atenta a los sonidos del exterior. Dijera lo que dijera su padre, a ella sí le había impresionado la historia del Forzzo, y las advertencias sobre la excursión de camino al acantilado. Desde que el tiempo había empeorado ella no había dejado de vigilar las nubes, y la lluvia, y sobre todo el viento. Hasta aquel momento, no obstante, el único ruido claramente distinguible era el del aguacero bañando en abundancia las rocas.

– Por favor, no se disculpe –respondió Daniel, poniéndose de pie–, seguramente nos ha salvado de caer enfermos. Le agradecemos mucho que nos haya acogido.

Rufo permaneció inmóvil unos segundos, con la mirada perdida en la nada. Daniel se preguntó si le habría escuchado.

– Personas cercanas a mí necesitaron y disfrutaron en el pasado de la hospitalidad de gentes generosas. Lo mejor que puedo hacer para agradecerlo es extender esa generosidad a quienes también necesiten ayuda.

Daniel dudó un momento antes de responder. El

hombre hablaba con tanta ceremonia que obligaba a meditar las palabras antes de pronunciarlas.

– Es... una forma de pensar que le honra... y un ejemplo a seguir, desde luego. Le reitero nuestro agradecimiento; de no ser por su ayuda ahora mismo estaríamos bajo esta lluvia implacable. Créame si le digo que nunca había visto nada igual.

Mientras hablaba, Daniel se desplazó por la habitación para asomarse por el ventanuco. El agua que caía del cielo era tan densa que no permitía ver más allá de unos metros.

– Probablemente parte de su ropa esté húmeda, en cualquier caso –continuó el anciano–. Me permito sugerirles que se quiten las prendas mojadas y las extiendan ante las llamas.

– Tiene razón, será mejor que las sequemos. Sonia, ¿por qué no te quitas el suéter y lo dejas cerca del fuego?

Sonia asintió, sin decir nada. Todo aquello quedaba tan lejos de la normalidad que se sentía confundida. Además, los últimos quince minutos que habían pasado a la intemperie habían bastado para incrustarle el frío debajo de la piel, un frío que estaba empezando a desaparecer pero que aún la mantenía un poco aletargada. Sintió que la barbilla le temblaba un poco.

Por su parte, Daniel se quitó el chaquetón y lo acomodó en el respaldo de una silla de madera, que acercó al fuego. También se quitó el suéter, extendiéndolo junto al de su hija. El sudor por la caminata y las prendas de abrigo habían hecho que la camisa terminara completamente empapada. Hubiera preferido quitársela también, pero resultaba impensable hacerlo. Se acercó al fuego para intentar que se secara un poco.

– Señor, debo atraer su atención hacia el hecho de que, por desgracia, la vista me abandonó hace bastantes años, como sin duda ya han comprobado. Por ese motivo debo rogarle que en caso de desplazar algún mueble de su lugar habitual me lo haga saber; de lo contrario corro el riesgo de tropezar dado que, como pueden observar,

dentro de la casa no cuento con mi ayuda habitual -. El hombre, que aún no se había movido, hizo un gesto con la mano para señalar el cayado.

- Vaya, lo siento. Por favor, discúlpeme, he movido la silla sin advertir que... bueno, obviamente no he tenido en cuenta su situación. Le ruego que me perdone, no tocaremos nada. De hecho, volveré a poner la silla donde estaba, hace suficiente calor como para que el chaquetón se seque de todas formas.

- No se preocupe -dijo Rufo, ahora empezando a acercarse a uno de los laterales, donde había una pequeña cocina de carbón-, entiendo que ha sido una reacción instintiva. Por favor, tome asiento; desafortunadamente para ustedes creo que esta lluvia va a durar bastante.

Daniel miró a Sonia, que no se había movido de la proximidad del fuego. Ambos se encogieron de hombros, aceptando resignados que no podían cambiar la situación. En realidad tenían que sentirse afortunados de que el hombre les hubiese encontrado en el momento preciso de evitar que se empaparan del todo.

- Dígame, señor -dijo Daniel, mientras cruzaba las piernas y se sentaba en el suelo, junto a Sonia-, ¿vive usted sólo?

- En efecto, así es. Así ha sido desde hace muchos años.

- Vaya, resulta sorprendente. Verá... es difícil comprender... a una persona como yo se le hace complicado entender...

- Que un invidente pueda vivir sólo, sobre todo si lo hace como un ermitaño, en una casa de piedra y cerca de un acantilado.

Daniel se sintió incómodo por no haber sido capaz de encontrar las palabras adecuadas. En realidad lo que sentía era enojo por no haberse detenido a pensar antes de hacer una pregunta comprometida.

- Si, en efecto... -dijo, todavía un poco molesto consigo mismo-, más o menos eso es lo que quería decir.

– Comprendo su extrañeza, señor, no debe usted sentirse violento por ella, ni yo ofenderme por su perplejidad. Quien pregunta con el corazón no puede hacer daño.

Mientras hablaba, el hombre se había acercado a un caldero de color marrón que estaba sobre el quemador de la cocina. Al destaparlo volutas de humo comenzaron a contonearse en el aire, y enseguida les envolvió un agradable olor dulzón.

– No nací ciego –aseguró el hombre, mientras tanteaba dentro de la alacena hasta encontrar un vaso de cristal–, conozco... conozco la luz del mundo.

El hombre depositó el vaso junto al caldero, y cogió un cucharón que colgaba de la pared del fondo.

– Por otro lado –continuó–, he vivido en esta casa durante más de cincuenta años. Se ha convertido en una parte más de mi cuerpo.

Con gran destreza el hombre sirvió dos cucharones del líquido rojizo y caliente que había dentro del caldero. Volvió a taparlo, dejando el cucharón dentro, y se acercó hasta donde estaba Daniel.

– Fue más difícil adaptarme al resto de las cosas, los caminos, las cuevas... Pero el tiempo siempre se alía con quienes saben tener paciencia. Tenga, es vino caliente, normalmente proporciona alivio en poco tiempo.

Sonia miró a su padre con los ojos muy abiertos, e hizo una mueca de asco. Daniel cogió el vaso que le ofrecía Rufo.

– Es posible que a ti esta bebida aún no te resulte agradable –dijo Rufo, girando la cara hacia Sonia, quien dio un respingo y deshizo inmediatamente la mueca–, pero no obstante creo que harías bien en probarla. Si es de tu gusto será para mi un placer ofrecerte un vaso.

Antes de que ella pudiera contestar, Rufo se irguió y se acercó de nuevo a la cocina. “Vaya tipo más extraño”, pensó Sonia, “aunque al menos no me ha llamado *señorita*”. Rufo continuó hablando.

– Posiblemente no sepas que el vino caliente y

especiado ha sido una bebida muy apreciada entre la gente de condición humilde desde hace cientos de años. Resultaba fácil de conseguir y preparar, y proporcionaba calor en los interminables inviernos del norte, tan insalubres.

Sonia aceptó el vaso que le ofrecía su padre. Se lo acercó a la nariz. Una indescifrable mezcla de olores surgía de él, pero por encima de todos destacaba el aroma del vino, intensificado por el calor. Se lo acercó a los labios y sorbió apenas un poco, pero enseguida lo retiró, sacudiendo varias veces la cabeza, como si de esa forma pudiera deshacerse del sabor que se le había depositado en la lengua. Primero el café y ahora aquello. Le resultaba cada vez más difícil comprender que los adultos apreciaran bebidas tan repugnantes. El café, no obstante, era infinitamente más aceptable que aquel nuevo brevaje.

– ¿Sería una osadía por mi parte preguntar cuántos años tienes?

– Doce –dijo ella con un hilo de voz, intentando que no se notara que estaba horripilada por el sabor del vino caliente. Le devolvió el vaso a su padre, que se tapaba la boca intentando evitar reírse.

– En ese caso es más probable que disfrutes un buen vaso de café con leche, ¿o también es prematuro ofrecerte una bebida con café?

Sonia vio los cielos abiertos.

– ¡Sería perfecto, gracias! –se apresuró a decir. De pronto le parecía la mejor bebida del mundo.

– En ese caso estará lista en un momento.

Rufo apartó el caldero con el vino caliente y sacó un cazo más pequeño, donde calentó leche que tenía en un cacharro, aparentemente de latón. Sonia se preguntó de dónde la habría obtenido.

Mientras su padre sorbía de poco en poco el vino, ella miró un momento alrededor suyo. Si le hubieran pedido que describiera aquel sitio hubiera hablado, sobre todo, de los muebles y los libros. Los primeros se limitaban a dos sillas y una mesa cercana a la cocina, así

como una especie de cama chata en la esquina opuesta. Estaban hechos de madera, posiblemente del mismo tipo que la puerta, y en la superficie cuarteada se apreciaba que el tiempo los había maltratado. Tenían un color rojizo, muy llamativo. En cuanto a los libros los había a cientos, o al menos eso parecía, y no sólo estaban en estanterías, sino por cualquier sitio, en el suelo, debajo de la cama o junto al fuego. Los años no habían tenido piedad de ellos. En su mayoría aparecían manoseados y con las esquinas deterioradas, amarilleados y con las cubiertas rasgadas o ausentes.

Rufo terminó de calentar la leche y le añadió café que tenía guardado en una jarrita. Lo puso delante de Sonia con una cucharilla de metal y un azucarero.

– Confío en que sea suficiente para que entres en calor.

– Es estupendo, gracias –dijo ella, agradecida de veras. Puso dos cucharadas de azúcar, las removió rápidamente y bebió un primer trago. Lo paladeó como si fuera jugo de dioses.

Rufo se sentó frente a ellos, cruzando las piernas, a la manera beduina. Quedó frente al fuego, mientras que ellos se encontraban a ambos lados del hogar, de forma que el espacio entre los tres formaba un triángulo.

– La lluvia aún durará algunas horas, puedo asegurarlo. Dentro de un rato compartiremos la comida. Como les he dicho, lamento no poder ofrecerles mayores comodidades, esta casa no está concebida para albergar huéspedes.

– Créanos, una bebida caliente, un techo y un buen fuego son ahora mismo el mejor tesoro de la tierra. Ha hecho por nosotros más que suficiente.

– Mi corazón se alegra. El mismo día he podido conocer a unos forasteros y ofrecerles mi hospitalidad. Estoy seguro de que se hacen una idea: mi vida aquí es muy solitaria, su presencia supone para mí un acontecimiento feliz.

– Díganos, por favor –continuó Daniel–, ¿de dónde

procede su nombre?, nunca lo había escuchado antes.

– Tiene usted razón, señor, ahora me percató de que no me he presentado debidamente. Lamento mis modales. Mi nombre verdadero es Rufus Teophrastus D’Arbeau.

– Vaya es... ciertamente curioso –reconoció Daniel, sin ocultar su perplejidad.

– Lo es, no tenga reparos en manifestarlo. Es una larga historia, pero puedo decirle que mi nombre proviene de la admiración de mis mayores por ciertos personajes históricos, y mi apellido es heredado de mi buen benefactor, el abad Lucien D’Arbeau.

– Todas las personas del pueblo que nos han hablado de usted están de acuerdo en que es un buen hombre; el que le hayan apodado Rufo me dice que sienten cariño por usted, a pesar de que tenga poco contacto con ellos.

Rufo guardó silencio un momento. Debido a la inmovilidad de sus ojos, y a que los gestos de su cuerpo eran precisos y escasos, a veces era difícil saber si estaba siguiendo la conversación. Las últimas palabras de Daniel habían mutado su semblante.

– Sin embargo, la mayor parte del pueblo prefiere ignorar mi existencia. Todos saben que vivo aquí, todos me conocen, pero nadie, o casi nadie, les hablará sobre mí.

– Bueno –dijo Daniel, mirando a Sonia y buscando su ayuda con la mirada–, al parecer tenemos bastante tiempo, así que quizá quiera usted contarnos su historia. Eso ayudaría a que las horas transcurrieran de forma más agradable.

– El pasado... *mi* pasado... es ciertamente doloroso; al menos durante un tiempo lo fue. Decidí, por propia voluntad, abandonar el pueblo, de forma que la soledad y el tiempo me devolvieran la paz y el alivio, pero así y todo resulta una carga para mi espíritu recordar cosas que he aprendido a olvidar. Espero que no encuentren descortés por mi parte reservarme esos recuerdos.



– No, naturalmente que no. Al contrario, debo pedirle de nuevo disculpas, creo que he sido yo el descortés al no saber ver su reserva.

Surgió un silencio momentáneo entre los tres. Rufo se mantuvo sentado y con la espalda muy erguida. Daniel había terminado su vaso de vino caliente y lo dejó en el suelo, junto a él. Sonia todavía iba por la mitad del café con leche; sujetaba el vaso con ambas manos para sentir el calor. Dio un pequeño trago y miró al anciano.

– ¿Puedo... puedo hacerle una pregunta, señor Rufo?

– Naturalmente; eres tan invitada mía como lo es tu padre, y yo echo de menos la voz de la juventud. Pero por favor, no me llames “señor”, eso agita mi corazón. Me harías un regalo si eludieses toda formalidad conmigo.

Sonia sonrió y miró a su padre, ambos sabían por qué. Resultaba curioso que un hombre de tantos años pudiera sentirse incómodo por las mismas cosas que ella.

– En el pueblo también nos hablaron... nos hablaron del Forzzo, y nosotros... bueno, nosotros no sabemos qué pensar...

Rufo no contestó inmediatamente. Meditó la respuesta un momento y contestó haciendo, a su vez, otra pregunta.

– Si miras en tu interior, ¿qué crees?

Sonia miró a su padre, un poco cohibida.

– Yo... no lo sé, no estoy segura... Pienso que la gente del pueblo lo cree de verdad, pero otra cosa es que sea cierto.

De nuevo siguieron unos instantes sin palabras en los que Rufo no movió un músculo. Sonia miró alternativamente a su padre y al anciano, insegura de si debía repetir la pregunta o simplemente esperar.

– Hay pocas verdades indiscutibles. La mayoría de las vivencias dejan huellas de distinta profundidad en cada persona. Sin duda tu padre estará de acuerdo con esto.

Sonia no entendió muy bien qué tenían que ver

aquellas palabras con su pregunta. Rufo pareció leer su mente y se adelantó.

– Quienes no creen en el Forzzo, o no saben de su existencia, acaso se vean en la circunstancia de padecer uno. Lo contarán como una experiencia terrible, desconocerán su nombre y llevarán su recuerdo a la tumba. Quienes tememos al Forzzo simplemente esperamos que nunca aparezca. Si no lo hace, ¿quién puede asegurar que unos u otros tenían razón? La verdad, al final, está dentro de cada uno.

Ella no estaba segura de si Rufo iba a continuar hablando. Bebió un poco más de café con leche y esperó.

– Por mi parte –continuó el anciano– rezo todos los días para que no se levante un Forzzo. Espero, más que nadie en el pueblo, que nunca aparezca.

– ¿Por qué dice “más que nadie en el pueblo”? – intervino Daniel.

– Porque Forzzo no sólo significa miedo y destrucción, sino también la constatación de la verdad que la gente de Lucitera nunca ha querido ver, la realidad a la que siempre han dado la espalda.

Sonia y Daniel intercambiaron una mirada de extrañeza.

– ¿Qué realidad? –preguntó él.

Desafiando su comportamiento hasta entonces, el anciano rompió su inmovilidad. Durante tan sólo dos o tres segundos emitió un corto suspiro, muy superficial, un gesto que Daniel quiso entender como de resignación.

Dijo una sola palabra.

– Albequa.